



Olga de León/Carlos Alejandro

La ciudad en catarsis

LA DANZA DE LA MUERTE
EN LA CIUDAD DE MÉXICO
CARLOS ALEJANDRO

No iba a descender treinta y ocho pisos caminando por las escaleras con la rodilla izquierda lesionada, tan lastimada que a cada paso dado, aun sobre el piso plano, le dolía como temblor de agujas en los huesos. Y ya lo había sentido la noche anterior, buscando los baños del piso treinta y siete; con cada descolgamiento sobre el escalón se le arqueaba desde la planta del pie, vivificado el dolor como fuego que le quemaba las entrañas, y lo sentía en la palma de su mano detrás del trapo limpio y húmedo que apretaba dentro del puño, para darse valor.

Así es que ese diecinueve de septiembre, minutos antes del simulacro de sismo, (exactamente a las 10:44 de la mañana), descendió los treinta y ocho pisos en elevador y, habiendo llegado a la planta baja, fue a ocupar uno de los sillones de espera, a que sonara la alarma programada.

Exactamente treinta dos años antes, jueves a las 7:17 con 47 segundos de la mañana, ocurrió el movimiento de 8.1 grados, sintiéndose dos minutos más tarde en la ciudad que habría de ser destruida, a la que ese año había llegado y en la que ahora trabajaba. “¿Cuál era el propósito de recordar el acontecimiento cada vez?”, alcanzó a preguntarse en voz baja en la soledad del sillón de piel, color negro. Y quiso él mismo, con toda su ignorancia, responder: “¿prepararse para otro igual?”, ¿decirle a Dios del dolor, o del temor de que volviera a pasar?

No acaba de sugerirse posibles respuestas cuando notó más gente apresurada, cruzando los torniquetes eléctricos. Foráneo en la ciudad, le sorprendió no ser el único que evitaba el descenso en escaleras durante el simulacro que estaba programado para escasos minutos más tarde, a las once de la mañana. Probablemente medio edificio abandonó sus oficinas del mismo modo: alguien le había explicado: luego de un sismo, la electricidad corre el riesgo de quedar suspendida y la gente atrapada en los elevadores; por eso, los ascensores no se utilizan ni durante, ni luego de la emergencia. “Ni cabríamos todos”, pensó.

Observó, con agrado, sonrisas victoriosas tras los cristales del edificio; luego, la alarma daba inicio al simulacro. Dos minutos más tarde, los primeros trabajadores de la refinería estaban evacuando calmadamente la construcción.

Las conversaciones giraron en derredor del clima, los prospectos de negocio para las semanas siguientes y sobre el partido de fútbol del fin de semana. Algunos hombres en traje aprovecharon para comprar una bebida en la cafetería, la cual no había seguido el protocolo y mantuvo el negocio abierto.

El ascenso de oficinistas, trabajadores y obreros de planta tomó casi dos horas. Y a la una de la tarde, ya cada uno estaba de vuelta, listo, en su puesto de trabajo. Excepto él, quien decidió abandonar la limpieza del vidrio que tenía pendiente porque sintió hambre, más temprano que



de costumbre. Abordó el ascensor en el piso treinta y ocho y, dos minutos después, se encontraba rumbo al puesto de tacos de canasta en la esquina de la calle.

El resto es historia. A la 1:14 de la tarde: la danza frente a la cara de la muerte, la resignación, los hijos en las escuelas, el frío helado del tiempo suspendido, el hachazo dado por un golpe de cemento, el espanto reflejado en el cristal que nadie limpia: se desprende y cae treinta y ocho pisos convertido en añicos al estrellarse contra el pavimento.

MÉXICO, ALIENTO DE ESPERANZAS.
OLGA DE LEÓN

Llegué a casa y entrando, pregunté: ¿has hablado con el hijo? Sí, me mandó a buzón; luego, en la segunda llamada, me dijo que andaba en la calle que no podía tomar nota de los datos que quería pasarle. ¿A qué hora lo llamarías? ¡Mmmh!, déjame recordar... como a las once; ¡ah!, pues seguro fue cuando salieron a la calle, por la alarma que se hizo sonar para simulacro de sismo, en memoria del de hace treinta y dos años. ¡Claro!

Por qué preguntas, ¿habló contigo? No. Acabo de enterarme que hubo un sismo de 7.1 hace una hora, con epicentro en Morelos. Ha afectado distintos sectores de la Ciudad, entre ellos, La Condesa, La Roma y la del Valle, no sé si Norte, Centro o Sur.

—Pues eso poco importa no están tan retiradas unas de otras. ¡Háblale!

—Ya lo hice, no entra la llamada. Una de las compañeras de mi trabajo me dijo que tuviera paciencia, que no me desespere si no logro contacto inmediato; como sabe dónde vive él, me avisó en cuanto se enteró.

—Confíemos no esté trabajando en...

—¡Ni lo digas! ...cálmate; seguro no andaba en uno de los que se cayeron.

Los miedos de una madre por los suyos, especialmente por los hijos, no pueden contenerse, menos cuando él anda trepado limpiando vidrios.

—Enciende el televisor, a ver qué está informando.

—No tenemos servicio.

—...entonces, la radio.

—Ya sé, buscaré en Internet un noticiero de México.

—Por fin, cerca de las cuatro de la tarde, entramos en contacto con lo del sismo en ese mundo a 1000 kilómetros de nosotros. Las imágenes eran tremendas. Y, la gente lloraba, se agarraba la cabeza, corría gritando. No podían creerlo, eso era una pesadilla. No podía estar sucediendo. No, no otra vez en el mismo día, 19; mismo mes, septiembre, solo que treinta y dos años después: ¡inverosímil coincidencia!

Empezamos a escuchar el noticiero, daban nombres de colonias, de algunas calles, mencionaron al Viaducto... la emblemática plaza después del 68; hablaban de Reforma con... Atentos -sin despegarnos del aparato que idiotiza al que se deja y al que no también-, aguzábamos el oído rogando porque no dieran los nombres de cuatro cuadras que rodean el viejo y modesto edificio en donde él vive.

Respiramos, no mencionaron tales calles, sí otras que están cerca, a tres cuadras del lugar. Mi hermano -pensé- tuvo que haber calculado muy bien en el que vivió algunos años, y que ahora se lo renta al sobrino. Sí, seguro examinó los riesgos de que se cayera, pensamos sin pronunciar palabra, y ambos dijimos muy quedo: ¡sí lo hizo! Y lo agradecemos, también al dueño del cielo y de todas las vidas... eso creo, aunque a ratos lo dudo: “por qué decide que unos sí se salven, y a otros se los lleva, aunque no sean malas personas”.

Las tragedias y daños en diferentes sectores se fueron dando a conocer. “No sé por qué se me ocurrió conectar el internet a la tele” (la hija me había enseñado, trajo unas bocinas y un alambre para pasar lo del internet a la tele). Cómo negar la realidad, allí estaba y había que aguantarla, también vimos

mucha gente en las calles que escondían su tristeza y su llanto y pusieron de a gratis sus manos a trabajar por el prójimo, buscaban alguna señal de vida, a algunos familiares o amigos, pero también buscaban ayudar a los que ni conocían o jamás habían visto antes.

Viendo eso, volví a insistir en llamarlo; deseaba saber que el hijo y mi hermano estaban bien, que los cuatro en la Ciudad de México, no hubieran sufrido daños. Bueno, tuvieron algunos trastornos, los que una gran parte de la ciudad y sus habitantes padecieron: falta de electricidad, gas, agua; uno, dos o los tres les llegaron a faltar por horas o días. Y fueron afortunados: de eso no pasó.

La ayuda que la buena gente ofreció ante el profundo dolor de quienes sufrieron la muerte o desaparición de sus seres queridos, y de sus pertenencias y vivienda, fue la joya invaluable del mexicano. México es eso y mucho más. Me refiero al México de a pie, al ciudadano común.

Pero, los momentos de grandes catástrofes sacan no solo las fortalezas y mejores cualidades, también afloran en otros, lo peor de sus instintos y bajezas. La madre de este cuento no pensaba en ello. Por eso la sorprendió enterarse de que hubo pillajes, hombres y mujeres que se metían a los hogares y comercios u oficinas abandonados -a pesar del cerco y la vigilancia de las autoridades- a robar.

Historias como la de la niña, descubierta viva bajo la segunda losa de una escuela derrumbada, la consterno; cuando informan que fue un error o mentira, exclama:

—¡Cómo!, ¿de quien alcanzó a verla y hablarle? Pensó, y no creyó: ¿murió? No pretendo editorializar, tampoco afirmar algo como absoluto. ¡Por favor!, ¿un error, sostenido cincuenta horas? Hay algo más: qué: no sé; pero: “tampoco tengo dos dedos de frente”.

El timbre del teléfono aceleró el ritmo cardíaco de la madre, contestó y del otro lado, la voz le supo a lluvia de cielo: “Estoy bien”.



César Tort

César Tort Oropeza nació el 14 de septiembre de 1928 en Puebla; comenzó sus estudios musicales con los compositores Ramón Serratos y Pedro Michaca, para después continuarlos en el Conservatorio Real de Madrid en España, entre los años 1948 y 1950, los cuales complementó a lado del compositor estadounidense Aaron Copland en Boston, Estados Unidos.

Especialista en Pedagogía musical infantil, Tort realizó trabajos en la Secretaría de Educación Pública, el Conservatorio Nacional de Música del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) y la Escuela Nacional de Música de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), señala el portal electrónico del INBA.

En 1975 comenzó su labor como investigador en la Coordinación de Humanidades de la UNAM; dos años después, la Dirección de Culturas Populares de la SEP comenzó a experimentar el método “Tort” en escuelas públicas y luego de 11 años fue implementado en 16 estados, mediante la acción de mil 120 maestros y en beneficio de 200 mil niños.

Su método se caracteriza por considerar a la música como parte primordial en el desarrollo integral del niño, así como por el uso que hace de la lírica infantil y el folklore nacional.

Mientras el método “Micro-pauta”, cuya base son antologías regionales, en su mayoría musicalizadas por el autor, cantadas, interpretadas y tocadas por niños de tres a 12 años de edad.

Fue editado inicialmente por la UNAM en 1971, fue difundido con éxito en Argentina, Australia, Brasil, Inglaterra, Nueva Zelanda, Puerto Rico y Yugoslavia.

Fue en 1976 cuando fundó el Instituto Artene (Centro de Pedagogía Infantil Musical), en el que de acuerdo al portal electrónico del recinto, César Tort laboró 35 años e impartió educación musical a cerca de 300 niños desde 3 meses hasta 13 años de edad.

Su obra como compositor comprende música para orquesta sinfónica, de cámara, oratorios, coro mixto, piano y canto; entre sus temas compuestos se encuentran, “El orador” (para piano), “Estirpes” (poema sinfónico), “La comedia” (para 12 instrumentos) y “La espada” (cantata a Morelos).

En septiembre de 1988, Tort fue designado director para México, Centroamérica y El Caribe, de la International Society for Music Education (ISME) de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, con sede en Londres.

Impulsor de su propio método de educación musical, el compositor César Tort falleció a los 90 años de edad el 23 de septiembre de 2015, en la Ciudad de México

ad pēdem literae

“La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos.”

Antonio Machado

Letras de buen humor

“La muerte tiene una sola cosa agradable: las viudas.”

Enrique Jardiel Poncela



extremos que cuestan muy caros.

Y aún no reconocemos sus alarmas, ni apenas tenemos conciencia de ello. Richard Hughes, en su novela Huracán en Jamaica (Alba), escribía: “El suelo había sido arrasado por ríos improvisados que mordían profundamente la roja

tierra. Sólo se divisaba un ser viviente: una vaca que había perdido los dos cuernos”.

La devastación es eso: cuando la naturaleza se desboca, el paisaje se convierte en pulpa y el ser humano en una colección de playmobils.

Joana Bonet

‘Irma’, la amarga

El Caribe, más allá de su promesa de felicidad, es un estado mental. Un dejarse ir que pospone la negrura de los días, capaz de empequeñecer la adversidad y de no dejarse sorprender por nada. Hace unos años coincidí con una campaña electoral en la República Dominicana y el eslogan de uno de los candidatos decía “Llega papá”. A mí me producía tanta risa como sonrojo, mientras que a los dominicanos, tan acostumbrados a una mezcla de surrealismo y realismo mágico, los invitaba de bravura. Lo de menos era la palabra “papá”, lo de más, que del candidato, Hipólito Mejías, decían que era “un ignorante que nos quemaba el arroz”. Existe un Caribe de regusto colonial y melancólico que nada tiene que ver con sus aguas turquesa y las pulseras de “todo incluido”. La mecedora desvencijada en el porche, los borrachos de ron en la madrugada, las prostitutas haitianas con la memoria marcada en la piel y las brigadas de mosquitos jejenos, que sólo pican a los blancos. Durante una semana suele esperarse como una bendición: aparecen tras la retirada de los huracanes y ciclones. Irma llegó muy amarga, y tuvo en vilo a millones de ciudadanos aunque la mayoría

tenían poco que perder, tan acostumbrados a la cólera del cielo.

De los principales retos que hoy desafían al mundo, la escalada nuclear, el sectarismo y el cambio climático, este último es el más depredador, pero en cambio nos parecen más terroríficos los misiles de Kim Jong Un o la violencia salafista. Las graves amenazas que el cambio climático nos está planteando —de la desertización a las inundaciones derivadas del aumento del nivel de los mares, pasando por las olas de calor inhumano o la destrucción de ecosistemas— nos dejan resignados, y poco más. Y aunque los científicos advierten de que ninguna catástrofe natural debe vincularse directamente con él, los envites de la naturaleza salvaje casi se han cuadruplicado desde 1970. Sólo el año pasado, cerca de 25 millones de personas fueron desplazadas por desastres repentinos, tres veces más que los conflictos y la violencia. Y no son pocos quienes pronostican un drástico aumento. No sólo es ese Caribe nostálgico que permanece a oscuras, acentuando su contraste paradisiaco: Europa ha entrado en una era de fenómenos meteorológicos